

José Bergamín

Caracteres

(I - XXX)

1.926

3.^{er} suplemento de

L i t o r a l

Imp. "Sur"

Málaga

L i t o r a l

*Cuadernos mensuales
publicados por E. Pra-
dos, J. M. Hinojosa
y M. Altolaquirre*

Sumario del 8.º número

Cielo sin dueño	<i>Luis Cernuda</i>
Las culpas abiertas	<i>Vicente Aleixandre</i>
Jacinta la pelirroja	<i>J. Moreno Villa</i>
Formas de la huida	<i>Emilio Prados</i>
Fuego granado, granadas de fuego	<i>José M.^a Hinojosa</i>
El alma en un hilo	<i>José Bergamín</i>
Amor	<i>Manuel Altolaquirre</i>

Dibujos de F. Bores y de J. Peinado

Primera serie de suplementos:

- Saludo de Litoral. *Emilio Prados*: Canciones del Farero, (agotado).
- 1.º *Federico G. Lorca*: Canciones, (agotado).
 - 2.º *Rafael Alberti*: La Amante, (agotado).
 - 3.º *José Bergamín*: Caracteres, (agotado).
 - 4.º *Luis Cernuda*: Perfil del Aire, 3.50.
 - 5.º *Emilio Prados*: Vuelta, (agotado).
 - 6.º *Vicente Aleixandre*: Ambito, 4.00.
 - 7.º *José María Hinojosa*: La Rosa de los Vientos, (agotado).
 - 8.º *Josefina de la Torre*: Versos y Estampas, 3.50.
 - 9.º *Manuel Altolaquirre*: Ejemplo, 3.50.
 - 10.º *Fernando Villalón*: La Toriada, 4.00.

Segunda serie:

- 11.º *José Moreno Villa*: Jacinta la Pelirroja.
- 12.º *José Bergamín*: Arte de Birlibirloque.
- 13.º *José María Hinojosa*: Fuego granado, granadas de fuego.
- 14.º *Gerardo Diego*: Poemas adrede.
- 15.º *Emilio Prados*: Formas de la huida.
- 16.º *José María de Cossío*: Laboratorio de Poética
y otros de *Aleixandre, Alberti, Altolaquirre, Cernuda, Larrea, etc.*

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

EDICION DE LUJO: (SOLO 25 EJEMPLARES NUMERADOS, EN MAGNIFICO PAPEL «VERGE CREME DE VIDALON», ENCUADERNADOS EN PIEL DE ANTILOPE CON CANTOS DE ORO) UN AÑO 300 PESETAS - NUMERO SUELTO 25 PESETAS.

EDICION CORRIENTE: UN AÑO 24 PESETAS - SEIS MESES 12 PESETAS - NUMERO SUELTO 2.25 PESETAS.

Los números 1, 2, 3 y 4, agotados. El número 5, 6 y 7 (homenaje a Don Luis de Góngora) con la colaboración de Rafael Alberti, Vicente Aleixandre, Dámaso Alonso, Manuel Altolaguirre, José Bergamín, Rogelio Buendía, Luis Cernuda, Gerardo Diego, Eugenio Frutos, Federico G. Lorca, Pedro Garfias, Jorge Guillén, José M.^a Hinojosa, Juan Larrea, José Moreno Villa, Emilio Prados, José M.^a Quiroga y Plá, J. Romero Moruve y Adriano del Valle. Y con dibujos y reproducciones de Picasso, Juan Gris, Togores, Dalí, Benjamín Palencia, Bores, Moreno Villa, Cossío, Peinado, Uzelay, Fenosa, Viñes, Angeles Ortiz, Manolo Huguet y Gregorio Prieto. Precio: 7 Ptas.

Los Sres. Suscritores que deseen adquirir los suplementos, pueden recibirlos directamente desde LITORAL (Imprenta Sur, San Lorenzo, 12. Málaga) con un 25 por 100 de descuento.

Boletín de Suscripción

Suscríbame por un..... a la edición corriente, de lujo de la Revista LITORAL.

Por giro postal envíe a usted la cantidad de.....

Le ruego haga cobrar en mi domicilio la cantidad de..... importe de dicha suscripción.

En..... a..... de..... de 19.....

(FIRMA)

Mi dirección.....

TÁCHENSE LAS INDICACIONES INÚTILES.

Caracteres

OBRAS DE JOSÉ BERGAMIN

El Cohete y la Estrella. (*Biblioteca de Indice*).

Tres escenas en ángulo recto.

Santoral de un escéptico.

Farsa de Los Filólogos.

El Clave mal temperado.

El hombre, la sombra y el fantasma.

Don Lindo de Almería (*chromoterapia costumbrista*).

Molino de razón.

Coloquio espiritual del pelotari y sus demonios.

El arte de Birlibirloque.

Balada en forma de fuga.

Comedia de Las Musarañas.

El Príncipe incostante.

La zarza ardiendo.

Burla y pasión del hombre invisible.

José Bergamín

Caracteres

(I - XXX) 1.926

3.^{er} suplemento de
Litoral

Imp. "Sur"
Málaga

UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA
CATEDRA DE HISTORIA

1900 - 1910

Historia de la Argentina
1900 - 1910

Historia de la Argentina

Historia de la Argentina

Historia de la Argentina

Historia de la Argentina

Historia de la Argentina

Historia de la Argentina

Historia de la Argentina

Historia de la Argentina

A PEDRO SALINAS

CUANDO decía sus cancioncillas, poniéndose la mano ante la boca como una bocina para pregonarlas, todo se llenaba de alegría, de la alegría del pregón matutino: una alegría frutal verde y fresca; alegría de mercado, de feria y de banderola; la alegría del cielo radiante en el que se dispara un clarín falso; la alegría de su risa, juvenil y humana, derramándose claramente de todo y llenándolo todo, en su locura, como si se hubiese roto su cañería conductora y no tuviésemos a mano ninguna consigna mágica para evitarlo.

EL TEMEROSO

AL verle, daba la impresión de que acababa de correr un grave riesgo y salía ileso de él, pero reflejando en su cara la sensación del temor pasado. Siempre que se le encontraba inesperadamente traía retratado en su semblante el temor — un temor sobrenatural, teñido de no sé que orgulloso, noble y sombrío remordimiento —; era Adán arrojado del Paraíso y después de haberse vestido con elegante despreocupación.

Pero al estrecharle la mano, a pesar del enorme esfuerzo de su voluntad para contenerse, dejaba percibir un ligero temblor, seco y rápido como una sacudida eléctrica: suficiente para delatarle; ráfaga del temblor divino que nos ocultaba siempre a todos y al que se abandonaría en su soledad, como un muelle roto, doblado sobre las rodillas, desconsolado y sollozando.

EL EXISTENTE

ERA—caso rarísimo—una persona, porque no era más que persona; y de tal modo era exclusiva y excluyente su personalidad, que no tenía realidad ninguna: aparecía y desaparecía—salía, entraba, se iba, volvía,—como un fantasma.

Existía en un estado permanente de fuga, en perpétua evasión, persiguiéndose y perseguido, monomaniaco de escaparse.

No corría a su perdición porque estaba constantemente en ella: perdido y corriendo sin reposo.

Me daba la sensación mística de presencia, lo mismo cuando estaba a mi lado que cuando nó, al recordarle; la misma que me dará cuando se haya muerto—si es posible que *se haya muerto* alguna vez.

EL INSISTENTE

IBA y venía, constantemente, dando vueltas a su alrededor para convencerse de que estaba solo. Luego, permanecía inmóvil, fijo, durante largos ratos.

Nada podía salvarle de su involuntaria y voluntariosa insistencia. Todo lo anotaba con escrupulosa exactitud: las horas y los sitios de sus encuentros, repitiéndolos con la invariabilidad preestablecida de su testarudez insistente. A fuerza de insistir, con la fatalidad de un insecto, doblegaba la voluntad ajena.

Y tenía que volver a su soledad, insistentemente, hasta volverse loco.

EL TORTURADO

A veces, cuando hablaba, hacía con las manos un extraño movimiento como si doblase y enroscase un duro hilo de acero invisible; y aquello absorbía su atención por completo, hasta que paraba, de pronto, quedando abatido y descorazonado de algún resultado imposible. Seguía hablando, entonces, con esfuerzo, como si quisiese callar y sólo por una consideración amable y excepcional—la más amistosa—no lo hiciera.

Después de dejarle, era cuando notábamos que, con todo aquél misterioso ajetreo de sus manos en el aire, había colgado de nuestros oídos una sutilísima tela de hilillos invisibles, transmisores de la inaudita música estelar que él había aprisionado y vibraba a nuestro alrededor como un enjambre.

EL INCANDESCENTE

NO sé porqué, debajo de la incipiente calva de su cabeza, creía yo que ardía una brasa incandescente.

Todo él estaba ardiendo desde hacía mucho tiempo en un secreto incendio interior, consumiéndose poco a poco, muy lentamente, en una combustión de siglos.

No me atrevía, casi, a aproximar a él mis dedos, para no quemarme. Y cuando salíamos al aire libre, temía que el viento le avivase, prendiéndole en una sola llama que le consumiría en un instante.

Pero cuando en un recogido interior, al leve soplo de sus labios formulaba rítmicamente su pensamiento, yo sentía—¡ oh Shelley !—animarse la pura brasa en áscua viva y me acercaba al calor y a la luz ténue y sagrada del sublime rescoldo.

EL DESCUBIERTO

LA primera vez que le ví me hizo el efecto de que tenía la cabeza apolillada. Más adelante, supe que era cierto y que unas mariposillas de oro salían de su cráneo, acribillado invisiblemente, como finas flechas de luz o diminutas estrellas centelleantes.

Cuando volví a verle, lo comprendí mejor; comprendí su noble y auténtica antigüedad que le producía esa actual viva y bellísima mariposilla dorada.

Se le escapaba el alma—las almas—una y mil veces por la cabeza.

EL BONDADOSO

SOLÍA decir la palabra bonachón y se arrebuja en ella, al decirla, con voluptuosidad, como en un enguatado gabán de pieles que le preservase de la frialdad exterior trasmitiéndole un calor blando.

Todo él vivía protegido del exterior, almohadillado y acolchonado en la blanda contextura de su cuerpo como en una cabina telefónica; parecía que iba a tener que pedir comunicación para hablarnos desde su involuntario aislamiento, desde su interior sordo y neumático.

Guardado entre sus algodones, cuidadosamente, como una joyita que debe mostrarse rara vez, tenía el destello de una exquisita inquietud mística.

Los que le conocíamos verdaderamente íbamos a buscarle para dejar caer en su edredón nuestras dudas, nuestros reproches, nuestras picudas inquietudes. ¡ Confortable consuelo ! Porque estábamos seguros de no hacerle daño—y de no hacernos daño.

EL PRÓDIGO

LO primero que llegaba de él, en el recuerdo, era su risa: una risa clara, atronadora y caudalosa como un río; una risa torrencial, desbordante siempre; una inundación de risa fertilizadora.

Vivía del caudal inextinguible de su risa—o, mejor dicho, vivían los demás—porque él la desparrahaba a su alrededor, la arrojaba a todos lados, generosamente, como si tirase monedas de oro por la ventana.

Iba y venía la marea incesante de su risa, sobre él; le traía y le llevaba, ante sí, sobre sí—dentro y fuera—, como un mar secreto, acariciando el suave contorno femenino de la playa de su melancolía; y en su playa solía estarse escondido entre la arena o pegado a una roca como un molusco, haciéndose un caparazón de su amargura.

¡ No se reía debajo de la cáscara amarga de sus pensamientos ! Pero había que romperla para encontrar lo tierno del corazón—la pulpa dulce o agridulce—, la melancólica alegría, distante de la de su risa, tal vez, pero más blanda y conmovida.

FUÉ siempre el más amigo de todos, aunque fuese recién llegado, aunque hubiese venido el último a nuestra amistad. Porque era amigo solamente. Buscaba palabras más afectuosas y fraternales que los demás para que lo entendiésemos, pero nos bastaba mirarle para entenderlo; sentirle a nuestro lado envolviéndonos en su amistad, calurosamente, sin otro sentimiento en él más que el de su amistad, firme, viril, constante. La amistad era su religión, su ciencia y su arte. ¡ Había que ver la alegría infantil y poderosa que reflejaba su cara al expresarla !

No consentía que existiese nada en el mundo más fuerte que su afecto, ni más seguro para nosotros. Cuando todas nuestras seguridades vacilasen, sabíamos—demasiado lo sabíamos ¡ hasta olvidarlo !—que su afecto se afirmaría más que nunca para apoyarnos—contra todo, lo humano o lo divino—, que ninguna catástrofe natural, o sobrenatural, podría conmoverle en su permanencia de amigo inquebrantable.

EL ESPINADO

SE iba quedando cada vez más delgado, más chupado y con voz de pito. Se le adelgazaban las facciones y los huesos, reduciéndole, extinguiéndole su delgadez. Estaba gastado de afilarse tanto, como un cuchillo; se hacía flexible y casi plegable sin partirse.

Le dolían a uno los huesos de verle así, sobre todo, los días de viento, porque se le oía silbar de un modo atroz y penetrante cuando se quedaba parado en el resquicio de una puerta.

Llegó a ser absolutamente incoloro y trasparente, pero de una transparencia mate y sucia como los trajes que llevaba—o que le llevaban—colgándole de inverosímiles arrugas su cuerpo de muñeco de alambre.

Adelgazaba tanto para convertirse en espina, y ya lo era: la espina aguda y amenazadora de la que nos salvamos comiendo pescado porque se hace visible, entre todas, a fuerza de su mismo encono; la espina que no se nos atraganta nunca a ninguno porque nos previene su presencia y se nos queda clavada en la retina, que es mucho peor, de donde tenemos que arrancárnosla dolorosamente a riesgo de perder los ojos.

EL CABEZOTA

TENÍA demasiada cabeza; lo decía todo el mundo y a mí también me lo parecía. Lo hacía todo con la cabeza, y si decía, como cualquiera, que andaba de cabeza, daba, al verle, la seguridad de que efectivamente iba a hacerlo.

Solía exclamar cuando alguna cosa le causaba admiración: ¡qué inmenso!, como si ratificase con esplendidez la eficiencia de todo su cráneo. Se notaba que su cabeza le atosigaba constantemente.

Tenía una verdadera monomanía demoledora y lo estudiaba todo concienzudamente, para combatirlo, pero no con razones que se sacase de su cabeza abultada y exuberante, sino utilizándola como una maza, toda entera, a testarazos.

EL ATRANCADO

LLEVABA su desconfianza de los demás hasta el extremo de no querer compartir nada suyo con nadie; se atrancaba detrás de su egoísmo como de una puerta, construyéndose una barricada con todas las cosas que hubieran debido servirle para algo. No pensaba más que en defenderse de este modo, y se dormía al pie de su montón de trastos, sobre el suelo, de cualquier manera. Vivía así la vida más miserable de todas. Estaba tan abarrotado de chismes inútiles, había acumulado tantos obstáculos para aislarse, que se le veía perecer, día por día, emparedado, enterrado vivo en la sucia escombrera de su atrancamiento.

EL EXIGENTE

LO exigía todo con violencia. Se adelantaba a todos, brutalmente, rápido y encolerizado, para exigir, aunque fuese una cosa insignificante. No anhelaba la perfección en nada ni en nadie sino que exigía en todo una exigencia correspondiente. A veces, sin saber lo que quería ni lo que nó, se ponía como una fiera, exigiendo que se le atendiese, y si se le atendía en el acto, se quedaba inmóvil, ausente, como si le hubiesen dado un puñetazo en el estómago; luego, se excusaba con torpeza y dejaba una pausa para que surgiese alguna cosa, alguna falta en los demás, que hiciese inapelable, imperativa y absoluta su exigencia.

EL FALSO JUDÍO

NO era judío pero se reía como si lo fuera. Tenía esa risa falsa del judío, que no tiene risa y quiere imitar la de los demás porque sabe que la risa es el antídoto del semitismo, que al judío se le mata con la risa, (y al Diabolo también).

Era de la variedad del judío gordo, el de la peor avaricia, inflado de agua porque cierra sus riñones como su bolsa y se pone abotargado y blancuzco de hinchazón.

Y lo peor era que tenía cara de conejo.

Nunca me fié de su amistad; todo era falsificación en él, vuelta, doblez y forro aprovechado.

Seguramente carecía de alma, porque, aunque no estuviese inanimado, su llamativa animación era tan falsa como su risa.

Era dos veces falso: porque ni siquiera era judío.

EL ALBOROZADO

TENÍA el rubor y la sonrisa constante, la voz atiplada y un amanerado primor en todo lo que hacía, como si bordase.

A cualquier hora que se le viese, era el madrugador; el que acaba de levantarse temprano, llevando todavía en la luminosidad rubicunda de su cara el alborozo matinal; la impresión sonámbula del sueño en el rostro recién lavoteado: algo turbio y claro, confuso y transparente, como un amanecer callejero. Pero no por lo mucho que madrugaba le amaneció nunca más temprano—aunque él lo esperase—; ni le ayudaba Dios. Al contrario, era el fracasado de todo y por eso tenía la resignada virtud discreta del que si ha madrugado tanto, es por alguna rutinaria y fea obligación; así había conseguido una especie de virtuosismo policiaco de vigilante, neutro celo profesional, falsamente informativo y ecléctico como el del conserje en un museo o el del eunuco en un harén. Pero era centinela del alba, con el pitido desentonado de su voz, y afianzaba su optimismo, a fuerza de frustrado, por la sola aseveración soñolienta del que, sin enterarse de nada todavía, duermevela al mañanero sol.

Era coleccionista de ejemplares raros y curiosos y él mismo había llegado a convertirse en un curioso raro y ejemplar.

Clavaba alfileritos en lo vivo para disecarlo y colocar encima sus etiquetas. Poseía un instinto certero y una habilidad minuciosa de insecto—de abeja o de hormiga sin inteligencia—. Sabía medir, pesar y contar, cuidadosamente, los restos de materias ideales que llevaba a su madriguera para alimentarse durante el perpétuo invierno de su esterilidad espiritual. Soñaba con un etiquetado huerto, cementerio botánico, jardín anémico, artificial y triste, donde pasear a solas, en convaleciente, la melancolía de su impotencia. Anhelaba cultivar su jardincillo cándidamente. Y mientras, vivía arrobado en el albo limbo de su deseo, arrebolado de su bienaventuranza candorosa, como un bobalicón, sin atreverse nunca a romper el embobamiento en que se incubaba y ofreciéndose en su cascarón pintado de diversos colores—regalo pascual—pero dentro siempre de su nido para no caerse.

EL TRASNOCHADO

NO podía envejecer porque había nacido trasnochado.

Tenía el espíritu raído y pardo como su capa, muy hidalgo tradicional—feo español—plagio romántico y jactancia de casticismo; o sea: trasiego de guisote podrido, tocino rancio y olor a pegado—o a porquería de gato—, tufo de brasero alrededor de la mesa-camilla; vivir peor que morir, atufado y emparejado miserablemente.

Su psique—mariposa de aceite—ardía crujiendo al consumirse como la madera carcomida y dando ese humillo negro que lo tizna todo y un pavilo atroz.

Era espectro, aparición violácea con olor a cadaverina y faz de desenterrador, de violador de tumbas.

Le crujían los huesos al andar, envuelto en su capa, como al Rey Don Pedro; y si se le descubría en su desasosegado trasnocheo, se quedaba parado en seco, mirando a todos lados estúpidamente como un mochuelo que estuviese borracho.

EL ESPANTA-PÁJAROS

CON su levitón, su sombrero de grandes alas —todo de negro— y su enorme faz de careta asomando sobre las palomitas del alto cuello almidonado, era el espanta-pájaros más perfecto que haya podido realizarse.

Cualquiera de sus ademanes le dejaba estampado perpetuamente, y su voz le corroboraba del todo, acentuando, por el oído, su espantable y ridícula imagen de figurón grotesco.

Con sólo su presencia hacía un silencio opaco, denso y funeral; porque ahuyentaba toda armonía de pájaros, reales o ideales.

Hubiera debido de ir siempre por la calle, pomposamente, en una carroza fúnebre a la Federica, que es lo que convenía a su petulancia, y llevar puesta en la cabeza la gran corona negra y plateada, símbolo de su vanagloria; sus amigos le acompañarían a los lados llevando cintas y ofrendándole así el homenaje público debido a su protestante puritanismo masón, hipócrita y reclamista.

EL FANTASMÓN DESBARATADO

CUANDO le ví dar la vuelta a la esquina, llevándose todas sus sonrisas consigo y balanceándose acompasadamente su abultado cuerpo, torcido hacia un lado todo él, huido y derrotado, comprendí, con pena, la calidad miserable de su fracaso; su anticipación a la vejez más desconsolada: la del histrión gastado y pasado de moda a quien se le han cascado todos sus papeles y los evoca en el ademán fatigosamente; el que ensaya todas las zalamerías de una envejecida coqueta para conseguir agradar, inutilmente, dando el lamentable espectáculo de sus desteñidas mentiras.

La carencia de una moral que le estructurase le puso así prematuramente. Al relajamiento moral y físico—linfatismo fofo, anemia, flacidez de músculos,—añadía un aflojamiento de nervios, o reblandecimiento medular, que le tenía colgado de sí mismo, como un pelele, inanimado y lacio. Adquiría esa viscosidad en todo como en su apariencia; se deshacía materialmente—en zalemas, sonrisas fingidas, reverencias y ceremonias—, desmoronándose, derritiéndose como una empalagosa tarta; se venía abajo su empingorotada arquitectura confiteril—liquidación verdad—mostran-

do la insuficiencia sustancial de sus componentes, como una horchata deshelada.

Pero por más que se hacía de miel ya no lo querían ni las moscas.

EL AVISPADO

TENÍA la feminidad ceñida y breve de la avispa y en la lengua su dardo agudo.

Estaba siempre en todas partes, metiéndose en todo, con sus exagerados ademanes de modisto, muy alerta, sin que nada se le escapase. Era el correveidile de todos, intrépido y fugitivo Mercurio, audaz y zascandil.

Todo lo sabía y lo que no, lo escudriñaba hasta averiguarlo. Se multiplicaba infinitamente—vivaracho como el rabo cortado de la lagartija—para poder estar en todos lados al mismo tiempo y enterarse de todo a la vez. No había cosa alguna de que no estuviese al cabo de la calle—de su callejear sempiterno por todo—. Su constante murmuración tenía el zumbido del insecto, impertinente y pertinaz.

No era afeminado sino femenino, y no era sabihondo sino sabi-superficial; mundano y frívolo en su comadreo intelectualista de chismoso desinteresado, de verdadero marisabidilla.

EL PARECIDO

ERA el que se parece a todos y no es ninguno. El que se parece a éste y aquél y al otro y al otro; el que, a fuerza de parecerse a tantos, acaba por no confundirse con nadie y adquirir una verdadera distinción, a la inversa, por sus parecidos. Era el que todo el mundo sabe quien és por lo que se parece a uno o a otro; el que por haber llegado a parecerse tanto a todos ellos ya no hay modo de que se parezca a sí mismo y se diferencia por esto más que nada, distinguiéndose más que nadie de los demás como si fuese el único auténtico, el único verdadero, el único que no es un retrato.

EL INVISIBLE

NO sé cómo se las arreglaba para entrar en todos lados sin que se le viese. Cuando alguien le descubría en su rincón y le preguntaba sorprendiéndose:—¡ Ah ! ¿ pero estabas ahí ?—contestaba invariablemente:—hace dos horas.—Estaba siempre, en todas partes, dos horas antes de que nadie se diese cuenta.

Veía a los demás sin ser visto nunca y daba detalles y pormenores de nuestra estancia en cualquier sitio, en donde menos pudimos sospecharle. Pero, fuera de estas verificaciones *a posteriori* de su presencia, no hablaba casi nunca y se contentaba con mirarnos. Yo no sé que secretos rincones tendría en su alma, los más silenciosos, los más escondidos del mundo.

Pero cuando nuestra extrañeza se hizo mayor fué el día que supimos que había desaparecido definitivamente. Ya no podríamos descubrirle más y estaría para siempre con nosotros sin que pudiéramos volver a verle nunca.

EL MALIGNO

NO tenía más que una fe buena que había encontrado de milagro; todo lo demás, eran sus dudas; y se dedicaba a tirarlas por el aire, sin romperlas, algunas veces, y otras, para que se rompieran con alegre estruendo en el ágil malabarismo de sus palabras.

Cada vez que hacía un nuevo juego de prestidigitación o un nuevo equilibrio en la cuerda floja, se quedaba más desconsolado. La inconsistencia poética de su complicada magia intelectual le entristecía como a un niño el juguete gastado y roto; le daban ganas de llorar ver a la luz del día, sin secretos, los cartones, trapos y figulinas pintarrajeadas de la trampa con que formó su fiesta ilusoria. Amaba, por eso, el misterio claro natural—al mediodía y a la medianoche, al sol y a las estrellas—, lejos de la barraca profesional, en la algarabía de las ferias artificiosas.

Un día, prendió fuego a todos sus trastos y se colocó encima para arder con ellos y salvarse; porque había inquirido por sí mismo suficientes datos que le condenaban por endemoniado y por brujo.

EL DESLUMBRADO

NO sé que deslumbrante luz había visto para cegarse de ese modo. Tal vez, había mirado, al pasar, a una de esas lucecitas prohibidas, a las que se mira, inevitablemente, no por curiosidad sino por científico deseo de comprobación; por ánsia de sabiduría, heredada de haber desobedecido la prohibición del árbol en el Paraíso. Una de esas lucecitas que se nos figuran el diminuto corazón encendido de la ciencia—o una de las lenguas del Espíritu Santo—, y a las que si se ha logrado mirar una vez se debe morir, como después de haber visto a Dios.

Pero él se había salvado de milagro, o quizás fuera, que solamente la había entrevisto y por eso no estaba ciego del todo y continuaba entreabriendo los ojos para mirar, encogiéndolos constantemente, con toda la cara, como si estuviese siempre deslumbrado.

EL INTELIGENTE

ERA agudo, descarnado y vibrante, como si solamente tuviese sistema nervioso sostenido apenas por un escueto armazón de huesos, ligamentos y tejidos. La economía natural de su delgado cuerpo era tan escasa que sólo bastaba para mantenerle en pie, y en equilibrio vivo, lo estrictamente indispensable para el funcionamiento de sus nervios. Se cargaba o se descargaba de fluido espiritual como una pila eléctrica y su sangre era casi suero fisiológico puro, agua y sal, como la que brotó milagrosamente del costado herido de Cristo.

No tenía más que inteligencia, y ese fué su martirio: sentirse vibrar entre lo divino y lo humano como un acero terso al golpe del martilleo ferviente; templado o destemplado, evadido y preso en la onda sonora—y luminosa—de su propia trascendencia mística.

TENÍA razones para todo aunque en nada tuviese razón; porque lo que tenía era pasión: pasión y razones; las razones de su vivo apasionamiento.

Si estructuraba su pensamiento—o sus pensamientos—con una lógica ideal, era para poder escaparse luego por cualquier rendija de la complicada arquitectura; o para silbar como el viento por los enredados pasillos oscuros de su laberinto; para gritar y ulular, errante por las galerías subterráneas de la conciencia, como un irónico burlón y caprichoso fantasma inexistente.

EL IMPACIENTE

NO hacía más que esperar y desesperarse. Estaba enjaulado en su impaciencia, paseando constantemente en su prisión con una angustiosa seguridad de no salir de ella.

Recibía de todo una desconsolada impresión rayada por los barrotes de su ilusoria cárcel. Andaba despacio, entumecido, como si arrastrara su cadena; pero no paraba un momento.

Todas las mañanas daba en su rostro el amanecer como una promesa milagrosa; pero él se obstinaba en negarlo, en negar la luz, anegándose en el fondo oscuro de su alma, borracho de su oscuridad más profunda, de la voluptuosidad punzante y secreta de su desesperada impaciencia.

EL ARREBATADO

UNA sola pasión le consumía el cuerpo y el alma como una llamarada de encendido esparto, en un solo arrebatado.

Su fe se le hizo sangre trasmitiéndole el ardor de su fiebre a los sentidos; y soplaba el alma, desde fuera, avivando la única llama.

Un solo gesto arrebatado y violento fué toda su vida: una sola caída herido por el rayo como San Pablo; una sola revelación, un solo grito, una sola vehemencia,—llamarada de fuego, luz, viva antorcha,—consunción y purificación en cuerpo y alma; humano y divino purgatorio.

EL PERSUASIVO

SU inteligencia, al poniente, traspasaba de clara lumbre cálida los objetos, los envolvía, suave, en un puro fuego amoroso de despedida; y el contorno duro de la sombra bordeaba, avanzando cauteloso, la separación ineludible.

Su voz era, entonces, leve, honda y pura; quebrándose sutilmente en razones la emoción alta y ya casi volatilizada de su pensamiento.

Quedaba así iniciado por la palabra excelsa el silencio definitivo—y una irreparable y conmovedora aquiescencia de todo, alrededor, persuadido, como la infantil algarabía de los pájaros en el crepúsculo que la noche acalla, profundamente, encendiendo sus gritos en el cielo.

PARECÍA que las estrellas se reflejaban en el fondo de sus ojos como en el pozo de su goce profundo. El agua quieta de sus pupilas traspantaba la creación invirtiéndola en su mágico espejo para volverla a crear de nuevo; el universo era una figuración suya perfeccionado en cada instante por su lírico empeño. Todo lo hacía bello, poéticamente, sólo con mirarlo. Contemplaba su pensamiento, en la soledad, como un cuerpo desnudo.

Poseía la virtud diamantina de cortar el cristal sin romperlo y sin herirse; se aislaba sobre sus cristales—instrumento vivo—, para obtener, como el sonido musical, la belleza pura y exacta.

ÍNDICE

EL ALEGRE.	Pág.	9
EL TEMEROSO	»	10
EL EXISTENTE	»	11
EL INSISTENTE	»	12
EL TORTURADO	»	13
EL INCANDESCENTE	»	14
EL DESCUBIERTO.	»	15
EL BONDADOSO	»	16
EL PRÓDIGO	»	17
EL AMIGO	»	18
EL ESPINADO	»	19
EL CABEZOTA	»	20
EL ATRANCADO	»	21
EL EXIGENTE	»	22
EL FALSO JUDÍO	»	23
EL ALBOROZADO.	»	24
EL TRASNOCHADO	»	26
EL ESPANTA-PÁJAROS	»	27
EL FANTASMÓN DESBARATADO	»	28
EL AVISPADO	»	30

EL PARECIDO	Pág. 31
EL INVISIBLE	» 32
EL MALIGNO	» 33
EL DESLUMBRADO	» 34
EL INTELIGENTE	» 35
EL EVASIVO	» 36
EL IMPACIENTE	» 37
EL ARREBATADO	» 38
EL PERSUASIVO	» 39
EL ADMIRABLE	» 40

Este libro
SE ACABÓ DE IMPRIMIR EL DÍA
10 DE FEBRERO DE 1927 EN LA
IMPRESA «SUR»
M Á L A G A

3.50